

Efectos de la intervención

En Nicaragua no hay garantías de ninguna clase, desde que los yanquis asumieron el control militar, la vida de los ciudadanos está constantemente expuesta a la ferocidad e inmundicia de la guardia nacional, quien parece que por instrucciones de sus superiores se proponen acabar con los nicaragüenses.

Desde que los invasores suprimieron la policía nacional para reemplazarla con la guardia, éstos nuevos agentes de la orden pública, llamados a garantizar la vida ciudadana, han cometido un sin número de crímenes horrendos que jamás en la historia de Nicaragua se han registrado.

El tal cuerpo de guardia nacional se compone de lo peor de los nicaragüenses, hombres renegados de su patria, asesinos y criminales, que no reparan ponerse al servicio del invasor que los ocupa de azote destructor de los mismos; son hombres analfabetos, completamente salvajes, a quienes un yanqui viste de kaki y les informa que como autoridad, completamen-

mera vez a pedir justicia para mi país.

Pertenezco al humilde montón anónimo de una generación ida, que dió muchos hombres ilustres a mi Patria, muchos de ellos sabios y dignos Gobernantes a cuyas órdenes serví, a pesar de mi insignificancia—entre otros, empleos de algún relieve—el puesto de Ministro de diferentes carteras y en Administraciones diferentes.

Por eso me siento obligado a consagrar los últimos esfuerzos que sea capaz de hacer todavía al servicio de los intereses de mi Patria.

Sírvase excusar, señor Ministro, la dureza que se haya escapado en algunas de mis frases, por causa de mi insuficiencia para expresar mis ideas en más apropiado lenguaje que estuviera en completa armonía con los sentimientos de admiración y respeto que desde joven he tenido para el Gran Pueblo Americano y sus ilustrados gobernantes, y acepte V. S. el alto aprecio con que me suscribo su muy atento servidor,

F. J. MEDINA

te inmune, son dueños de vidas y haciendas, y desde luego viene, el fenómeno natural del crimen.

Veamos lo que dice «La Prensa» de Managua con fecha 12 de Febrero de 1930, sin ningún comentario.

«En el barrio de Santo Domingo, por el lugar que llaman La Gran Curva, porque existe o existió una venta de aguardiente con ese nombre, hay unos famosos cuartos pertenecientes al señor Julián Gutiérrez, sobre los cuales pesan las peores recomendaciones y la más triste fama, porque han sido teatro de horribles crímenes. De ellos puede decirse que son el refugio del hampa de Managua. «Antes de los yanquis no existía hampa en Managua.»

Quien se haya aventurado a llegar por allí, se sorprenderá al encontrar una serie de vericuetos con posilgas inmundas, donde en híbrido amontonamiento viven gentes desconocidas, que nadie sabe de donde han llegado ni cómo lo pasan.

Pues bien, en uno de esos cuartos, que tiene puerta a la calle, se registró el lunes en la noche un horrible crimen, que viene a constituir el sétimo en la serie de los consumados el año pasado.

El guardia nacional número 805 llamado José Jimenez Cano, mató de una sola puñalada a la anciana Raquel Escorcía, de 56 años, originaria de la ciudad de Masaya, e hirió al yerno de ésta, Arnulfo Tijerino.

Labor de nuestro reportero

Inmediatamente, uno de nuestros reporteros, se apersonó en el lugar del suceso, cuando eran más o menos las siete de la noche.

La señora Escorcía se hallaba cenando con sus hijas Lidia y Esmeralda y sus yernos Arnulfo Tijerino y José León

Vega. Sumaban cinco.

En uno de los cuartuchos interiores vive también Carlota García, mujer del guardia Jiménez Cano. Entre siete y ocho de la noche, se presentó éste con el guardia Humberto Aguirre a la habitación de la García, y por cualquier causa, los amantes riñeron hasta el grado de que Jiménez se lanzó sobre Carlota y le propinó tremenda apaleada, y por último la amenazó con matarla con un puñal de dos filos que portaba.

Cómo se desarrolló la tragedia

Carlota salió huyendo para las covachas vecinas buscando auxilio; y los dos guardias la siguieron. Ella logró refugiarse en un cuartucho, donde sus perseguidores no la buscaron; porque creyeron que se había introducido en el habitado por la señora Escorcía.

A este cuarto penetraron, y se originó la tragedia en que cayó herido Arnulfo Tijerino, por mano de los guardias y muerta de una puñalada en el pecho la señora Escorcía, que en la angustia de ver a su yerno en el suelo, dominado por dos guardias, sólo pensó en oponerse para salvarlo y encontró la muerte.

La declaración que nos dió Lidia Escorcía

Lidia Escorcía, hija de la muerta, relata el hecho de la siguiente manera:

A las siete de la noche nos encontrábamos en casa de mi madre Raquel, cenando, además de mi madre y yo, Esmeralda Escorcía, Arnulfo Tijerino y José León Vega; estos dos últimos yernos de mi madre.

De pronto oímos unos gritos en el vecindario, y alguien dijo en la calle que un guardia nacional estaba apaleando a su mujer. La mujer apaleada, corrió a meterse a la pieza contigua a la en que habita-

seguida no de uno sino de dos guardias que eran los que la atacaban; y creyendo el guardia, amante de la mujer apaleada, que ésta se había oculto en nuestra casa; se entró violentamente, armado de un puñal.

Mi marido, Arnulfo Tijerino, se paró para llamarle la atención, preguntándole qué quería y por qué se metía a mi casa en aquella forma; y sin contestarle ni una palabra, se fue sobre él y le tiró una puñalada, que le asestó en la mano izquierda, la cual llevaba envuelta por hallarse padeciendo de un tumor.

El otro guardia que también se había introducido con el amante de la mujer apaleada, agarró con su compañero a Tijerino y lo echaron al suelo entre los dos. Un tercer guardia se presentó, y sacándose la pistola le dió en la cabeza un golpe con el pomo, al mismo tiempo que decía: ¡Te tiro! ¡Te tiro! Mi marido ya en el suelo había sido herido por una segunda puñalada en el pecho.

Mi madre, al ver a su yerno en el suelo, víctima de la ferocidad de los guardias, se lanzó sobre el grupo para defenderlo, tratando de salvarlo; pero uno de los guardias in dio, de estatura baja, se volvió sobre ella—y le dió una puñalada mortal, que le atravesó el corazón.

¡Hija! ¡me han herido! pudo exclamar en el momento que recibió el golpe fatal, y a poco dejó de existir.

Yo, me lancé sobre el matador, y lo agarre con el auxilio de otras personas hasta que lo entregamos a otra guardia que me pareció que estaba de turno.

Hablando con Carlota García

La García es una mujercita de mala muerte.

La policía la capturó, por ser ella una de las protagonistas del drama.

Según ella los hechos se desarrollaron así:

Fue Humberto Aguirre quien mató, dice ella

Presencia de una crisis nerviosa, que casi le impedía hablar sueltamente, nos dijo la García, que el guardia Jiménez Cano, su marido, se presentó como a las ocho de la noche

Los robos de los yanquis

El hecho ocurrió antenoche en el «Salón Chic», situado ahora en la casa del ex-presidente Solórzano, frente al Parque Central. Dos distinguidas señoritas de la sociedad capitalina, acompañadas de un joven caballero, entraron a oír el concierto que la marimba salvadoreña ejecutaba allí.

Una de ellas puso su mantón sobre una silla, cerca de donde se encontraba un marino americano bebiéndose una cerveza. Aprovechando un instante en que ellos se levantaron, el marino cogió el mantón, lo dobló rápidamente y se escurró con sigilo hacia la calle. Creta que nadie lo había observado; pero su maniobra fue vista por el propietario del «Salón Chic», don Elio Moncada, hijo del Señor Presidente de la República.

El marino tomó hacia el Club de Managua doblando por la carrilera con dirección a Miralagos; y antes de llegar a este lugar fue alcanzado por don Elio, quien con la ayuda de un guardia presidencial capturó al marino, despojándolo de la prenda ajena.

El mantón y el marino fueron conducidos a la policía, y de aquí remitido al campo de aterrizaje, donde tiene su cuartel.

EL MARINO DIJO QUE LO COMPRO

Ayer en la mañana, el joven Moncada se presentó hacia el cuartel americano, reclamando el mantón para devolverlo a su dueña; y allí supo con sorpresa que el marino aseguró que una señorita se lo había vendido por tres có-

acompañado de Humberto Aguirre, y le pidió de comer, y habiéndole contestado que no tenía dinero para darle comida. Jiménez Cano, se disgustó, y después de haberla golpeado (muestra los golpes en el brazo y en el cuello) la tomó de los cabellos y la sacó de arrastrada al patio, lo cual como es natural la hizo gritar y clamar auxilio al vecindario. Aguirre — dice — iba con dos armas; un puñal y su pistola.

Cuando mi marido me soltó, vi acercarse a Arnulfo Tijerino. Entonces mi marido le dió un empujón y lo cerró.

Salió huyendo hacia uno de los cuartos vecinos y oí que Aguirre le dijo a Jiménez Cano: ¡Aquí entró!, señalándole el cuarto de la señora Escorcía — pero yo no me había refugiado allí. — Se formó el botchínche, y Aguirre mató a la señora Escorcía e hirió a Tijerino, porque sólo él llevaba armas e iba más borracho que mi marido.

Ella siempre le ha sido fiel a su marido

No es verdad le preguntamos a la García, que tu marido te encontró en momentos que le tricionabas con otro hombre?

—No es cierto; yo siempre le he sido fiel, como él mismo puede decirlo.

El cadáver en la policía

Como a las nueve de la noche fue traído a la policía el cadáver de la señora Escorcía, y el herido Arnulfo Tijerino, para iniciar las diligencias judiciales del caso. El médico forense, practicó el reconocimiento médico llega.

La Revista "Sandino" publica a todos los nicaragüenses que sean ultrajados por los marinos yankees y los guardias de su dependencia comunicando...